

LOS MADRILES

Director: E. Navarro González.

Revisia semanal.

Oficinas: San Andrés, 33, 1.º Izq.

CARNES-TOLENDAS



Si el Carnaval es la orgía,
la bacanal, el placer,
el amor y la alegría,
qué mejor alegoría
que esta incitante mujer?

Decidora, alegre y bella,
del salón brillante estrella,
turba del hombre la paz:
y derriba la botella,
y se arranca el antifaz.

Después, con tierno interés,
amores brinda, y después...
¡Calla!—Dice la moral:
y lo que callamos es
lo mejor del Carnaval.

CUENTA CORRIENTE

(NOTAS SUELTAS)



ESCRIBIENDO asuntos agradables, notas alegres para escribir la Cuenta de la semana; cansado como estoy ya de dar sólo malas noticias y de haberme siempre de cosas tristes, repaso mis apuntes, evoco mis recuerdos, recorro las columnas de los quince ó veinte diarios que tengo sobre la mesa de la redacción, y... nada.

Sólo encuentro en todas partes desconsoladoras noticias de crímenes, epidemias, conflictos, motines, irregularidades, quiebras, muertes, casamientos... desgracias, en fin, de todos los géneros y de todos los tamaños.

Yo, que al encargarme de hacer esta Cuenta había echado mis cuentas galanas, creyendo que á fin de año había de encontrarme con una sarta de cuentas brillantes, para hacer un collar y regalárselo á la hija de mi patrona, á cuenta de otras cuentas, veo con tristeza que, á seguir esto así, la colección de estas cuentas negras y tristes sólo va á poder servir para hacer un rosario y dedicarse á rezar, pensando en las desdichas de este desdichadísimo año.

Esto es, si antes no me canso yo y hago corte de cuentas; que, después de todo, acaso será lo que nos tenga más cuenta á mí y á mis lectores.

Veán ustedes, las dos primeras notas que encuentro hoy entre mis apuntes:

«El excelente y conocido poeta Antonio Fernández Griño ha tenido la desgracia de perder á su señora.»

«Sinesio Delgado, el director de *Madrid Cóico*, antiguo amigo nuestro y queridísimo compañero, sufre el dolor inmenso—á que de todo corazón nos asociamos—de haber visto morir á sus hijo único, niño de pocos meses.»

A uno y otro doy, en mi nombre y en el de la Redacción de *Los Madrileños*, el más sentido pésame, y bajo tan penosa impresión prosigo mi tarea.

¡Oh! ¡Gracias á Dios!

Al abrir un periódico tropiezan mis ojos con este alegre y llamativo epígrafe: CUATRO NOTICIAS DE GRACIA.

«Centro noticias nada menos, cuando al empezar esta cuenta, con una noticia de gracia me hubiera contentado!...

Veamos:

«El alcalde de Gracia (Barcelona) ha descubierto un desfilón de 50.000 pesetas en la Caja municipal.»

«Un vecino de Gracia ha disparado dos tiros á una mujer.»

«Otro ha agredido á su padrastro, machacándole el cráneo con una pala.»

«En un café de Gracia hubo una sangrienta reyerta, resultando dos muertos y dos heridos.»

Pues, Señor, ¡vaya usted á tirarse de los epígrafes y de los nombres!

«Será desgraciado el año, y será desgraciado yo, que hasta las noticias de Gracia que encuentro resultan desgracias!»

Veamos si soy más afortunada y consigo encontrar algún asunto alegre en las noticias extranjeras.

«Portugal.—Continúa la agitación con motivo del conflicto...» A otro lado.

«Italia.—Ha fallecido el cardenal Pecci, hermano de S. León XIII.—Ayer ocurrió una espantosa catástrofe en Cas-

tiglione, á consecuencia del hundimiento de una escuela...» A otra parte.

«Méjico.—El trancazo está causando numerosas víctimas. El día 8 murieron 143 personas...» A otro lado.

«Estados Unidos.—Ha ocurrido una

CARICATURAS CONTEMPORANEAS



Enrique Gaspar.

AUTOR DE LA COMEDIA *Las personas decenas*.

inundación en el Oregón...» A otro punto.

«Inglaterra.—De las minas de Abersyeham van retirados, hasta ahora, 155 cadáveres...» A otra cosa.

«Francia.—El asesinato de Gouffé.»

«La calaverada del duque de Orleans.»

¡Ah, vamos! Por fin, me parece que tropecé con algo divertido.

Ya sabrán mis lectores, sin embargo, que la calaverada del Duquesito no es de esas calaveradas propias de las gentes de su condición, de su clase y de su edad, que tanto juego han dado siempre á los libretistas de operetas cómicas.

En esa calaverada, en vez de intrigas amorosas, únicamente se descubren ó

adivinan intrigas políticas. El chico sólo se ha permitido violar la ley que le prohíbe entrar en Francia, con el pretexto de que otra ley le llamaba, por haber cumplido la edad, para servir en el ejército.

Y es claro! el pobre muchacho se ha encontrado ante una ley que le echa, y otra que le llama, según él cree, como un gato frente á uno que le dice ¡micho! y otro que le dice ¡zapé!

Dudaba á cuál de las dos leyes había de atender, y el Tribunal ante el que ha comparecido, le ha condenado á dos años de prisión... para sacarle de dudas.

A pesar de lo antes dicho, es muy posible que Meilhac, Halévy, Chivot, Duru, Clairville, ó Gastineau, cualquiera de esos chispeantes libretistas franceses modernos no eche el asunto en saco roto, y el día menos pensado nos lo encontremos con música de Audran ó de Lecocq.

Porque como haber tipos, situaciones cómicas y musicales, y hasta su *mijita* de argumento, los hay. El duquesito tiene una prometida que se llama Margarita—bonito nombre de opereta—que, como es natural, lamenta la prisión de su prometido (romanza de tiple), y suele ir á verlo á la Conserjería (duo de tiple y tenor). Los partidarios del duquesito y de su papá el conde de París, se agitan en la sombra (coro de conjurados). Uno de ellos, el conde de Neuville, subido en un coche, como los sacamuelas, lee versos en medio de las plazas (*couplets* de bajo cómico, coreados), y otros se dirigen después de conocer la sentencia, á colocar en el pedestal de la estatua de Enrique IV dos coronas simbólicas: una hiedra y otra de lilas. (Gran marcha no triunfal, y final de cuadro).

La obra puede tener chistes graciosísimos, sin que los autores se calienten mucho la cabeza, porque el mismo protagonista, que se dedica á hacer frases, ha hecho ya algunos defecto seguro.

—Este cuarto está muy frío, Monseñor, debíais pedir fuego—le dijo uno de sus visitantes.

—No me hace falta, le tengo en el corazón, replicó el Príncipe.

Y á los cinco minutos pidió que le encendieran un *choubersky*.

Ayer discutían acaloradamente acerca de la calaverada del duque de Orleans, Calinez y Gedeón. Calinez decía:

—Desengáñese usted, Gedeón; el duque ha ido á la República francesa, porque deseaba «servir al rey», fundándose en que la ley hace quintos á todos los ciudadanos, al llegar á cierta edad.

—Desengáñese usted, amigo Calinez, contestaba Gedeón con su habitual acento de solemnidad. La imprudencia del Duque no tiene culpa, porque él debe saber que, en Francia, á los aspirantes á reyes y á sus herederos, no los quieren hacer quintos... sino cuartos.

FELIPE PÉREZ.

APRENDE

Éste es una niña, cuando amante te aproximaste á mí.
Nate quise engañar, y vacilante me aparté de tí.
Faltó un jar con ciega destierro te dolí el trabajo,
y tú, en cambio, pegaste el amor mío, con engaño cruel.
Siempre que me arrepiento del pasado, estás en un error.
Yo quisiera inocho más ser engañado, que ser engañador.
ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUINÓ.

¡¡HAY DINERO!!

(MONÓLOGO)

¿Hay dinero?... ¿Qué ha de haber? No, señor: ni lo hay ni lo ha habido nunca. Si lo hubiese, alguna vez lo habría yo tenido; pues sí, por mi fortuna ó por mi desgracia (que sobre esto aún no he fijado mi opinión), no pertenezco á la familia de aquel personaje famoso que decía elevando su alma á Dios: «No te pido, Señor, que me des dinero, sino que me pongas cerca de donde lo haya», aunque no pertenezco á esa familia, vuelvo á decir, soy laborioso, activo, no soy estúpido, ¿qué he de ser? sé algo de letras, no mucho, pero bastante más que otros fenidos por sabios, y soy, por añadidura, hombre de bien á carta cabal—siempre me esté mal el decirlo—que no sé por qué ha de estarme mal, ya que la modestia, en concepto de Schopenhauer, es una virtud inventada por los bribones y para los necios. No respondo de que Schopenhauer lo diga así precisamente; pero de que dice una cosa muy parecida, estoy seguro. Y cuando Schopenhauer lo dice, él sabrá por qué; pues sabe perfectamente lo que se dice y dónde le aprieta... la modestia.

Pero *revenons à nos moutons*, esto es, vuelvo á lo del dinero, y repito que no lo hay, aunque otra cosa digan algunos chuscos desde las planas de anuncios de periódicos muy acreditados.

Aquí están uno, dos, tres, veinte diarios: *La Correspondencia de España, El Imparcial, El Liberal, El Globo, El Resumen, La Epoca, etc.*, muchos; dejo el uno, tomo el otro, torno al primero, retorno al segundo, y se me hace un agua la boca pasando la vista por la plana de anuncios.

DINERO... Ese vocablo mágico aparece estereotipado en gruesos caracteres; hacia él acude mi vista, como acude un fraile glotón al toque de campana del refectorio. Pero á continuación de la palabra DINERO, muy visible y muy aparatosa, hay varias líneas de letra diminuta que llevan á mi espíritu el desencanto: «sin retención á militares, empleados y Cuba...» Así dice; y como yo no soy Cuba, ni siquiera cubano, ni he sido empleado nunca, ni creo que seré militar en mi vida, dicho se está que ese dinero no es para mí... También dice que hay para pasivos; yo sí soy pasivo, en el concepto gramatical de persona que padece angustias sin cuento; pero se me figura que no deben de ser esos los pasivos de que ahí se habla.

Dinero directo, dice en otro lugar de la misma plana; aunque fuese indirecto, lo tomaría yo; pero el caso es que dice ade-

mas á militares, y, por las razones antedichas, no reza eso conmigo.

Otro anuncio:
Dinero... veamos lo que sigue: sobre coches, sueldos, muebles... ¿para qué seguir? Yo no tengo coches (bueno estoy yo para tener coches); no cobro sueldo, ni sé lo que viene á ser eso; y en cuanto á muebles, sólo poseo un bati mundo que compré, hace ya muchos años, por cinco pesetas, una vez que estuve en fondos.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS



Rafael Torromé.

AUTOR DEL DRAMA *El sentido común*.

Pues aquí hay una ganga:
Se facilita dinero; eso, eso celebraría yo muy de veras, que se me facilitase dinero; pero... ¡sí, sí!, buenas facilidades te dé Dios! ese dinero se facilita sobre fincas... de suerte que debo empezar por adquirir fincas, y si yo tuviese fincas no necesitaría que me facilitasen dinero.
Pues aún es mejor esto:
SE DA DINERO. Venga... Sí, señor; se da, por buenas hipotecas.
¿Y qué puedo yo hipotecar? Mi actividad, mi inteligencia, mi trabajo, mi aptitud para esta ó aquella industria, mi honradez acrisolada... ¡ta, ta, ta!, nada de eso es cotizizable; para nada de eso hay dinero, ni se facilita, ni se da.

Industrial ¡actividad! Trabajo! ¡Honradez!... Todo eso no vale tres pesetas... Aquí de lo que se trata es de sacar á los capitales rentas pingües con muy poco trabajo, y si puedes ser sin ninguno, mejor que mejor. Y esto ¿qué significa? Pues eso que he dicho, que no hay dinero, que el que más tiene es dueño de una miseria... Sí, señor; una miseria, que dedicada á una industria, á la explotación de una fábrica, al planteamiento de una mejora, no produciría ni lo absolutamente preciso para satisfacer las exigencias del insaciable fisco; pero que dedicada al negocio del préstamo se duplica y aun se centuplica sin molestias y con rapidez suma.

Si hubiese dinero...—vamos, que no lo hay—lo que se llama dinero, emplearíanlo los dinerosos en acometer empresas grandes, el capitalista buscaría al industrial, el rico solicitaría al trabajador, me solicitaría á mí, que nunca he sido solicitado para nada; á ese gran capital bastaría, para contentar á su dueño, un módico interés, que representaría muchos millones... Pero ¿quiere usted decirme para qué sirve un capital de algunos miles de pesetas—á cualquier cosa llaman capital,—si el capitalista no le saca un interés de 30 por 100 al año?

Pues ésa es la madre del cordero. España es el país de los pobres, y por eso es el país de los prestamistas. Pasan constantemente por ahí, de unas manos á otras manos, algunos centenares de ochavos morunos y unas cuantas docenas de papelitos que emite el Banco, otro prestamista, y que, cuando menos se piense, serán papeles mojados.

Los más pobres hacen el papel de mendigos y molestan al transeunte, solicitando con fastidiosa tenacidad una limosna que para ellos necesitarían los transeuntes; los otros pobres se hacen prestamistas y procuran atraer hacia ellos las pocas pesetas que andan en circulación, y para conseguirlo llenan con reclamos la cuarta plana de los periódicos.

Los primeros explotan con la mano tendida y la voz plañidera, una virtud, la caridad; los otros aprovechan por medio de anuncios pomposos y ofrecimientos *cimbelines* (1), un vicio; la tontería.

Es muy probable que el prestamista de hoy sea mañana mendigo, y tengo por seguro que los mendigos de ahora sean los prestamistas de nuestros hijos.

Nada, nada; en unos y en otros se revelan los mismos síntomas: la pobreza, la inopia, la miseria.

Y todavía se atreven á publicar anuncios como éste:

HAY DINERO

¡Mentira!... Desde hoy hago propósito de no leer ningún periódico... mientras no tenga dinero para comprarlo; y de todos modos, prometo no volver á leer la plana de anuncios.

(Arroja al suelo los periódicos, y se va por el foro, ó por otra parte).

FIN DEL MONÓLOGO

El Epílogo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

(1) Con perlas de la Academia.



DONDE MENOS SE PIENSA...

Angelés se había levantado muy temprano.

Con un elegante traje de mañana y una preciosa capotita de raso, encajes y plumas, calzados los oscuros guantes y un aire triste y preocupado, se lanzó a la calle nuestra heroína, á la hora precisa en que los días anteriores solía la criada entrarle á la cama su vasito de leche calentita y sus bizcochos recién hechos.

Su paso rápido y seguro indicaba bien á las claras una resolución preconcebida de antemano.

¿Dónde va Angelés á pie y tan ligera, á una hora tan intempestiva, dados sus hábitos y costumbres?

¿Cómo la gentil actriz, que no se entrega al descanso hasta la madrugada, ha abandonado el lecho tan temprano?

¿Dónde va?

¿Al ensayo? No es fácil; no es la hora aún en que los artistas acuden al escenario á cumplir este enfadoso y aburrido deber.

¿En qué teatro se ensaya antes de las dos de la tarde, por lo menos?...

¿Iría la joven á una cita amorosa? Su andar precipitado, la alteración de su hermoso rostro, el brillo febril de su mirada, podía haberlo hecho creer así; y, sin embargo, nada más lejos del ánimo de Angelés que una preocupación amorosa en aquel momento.

No era ella de esas que les gusta aprovechar la mañana para entregarse á las dichas supremas del amor correspondido.

Angelés no amaba nunca antes de la tarde. Su corazón necesitaba la luz del gas para dar rienda suelta á las amorosas expansiones.

Aquella salida matinal tenía por objeto visitar á su modista para la prueba de aquellos trajes raros que Angelés exhibía en la escena, maravillosas hechuras que eran la delicia y el asombro de las abonadas y ocasión perpetua de envidia y murmuraciones entre sus compañeras? Tampoco.

La elegante actriz tenía costumbre de probarse los trajes en casa, y pagaba con esplendor suficiente para que su modista, por más encopetada y aristocrática que fuese—y lo era—no la negase jamás aquel servicio.

Además, no había ninguna obra nueva en ensayo, y, por consecuencia, no había prisa que justificase aquella salida matinal para ir á casa de la modista. ¿Dónde iba Angelés?

Al entrar por la Puerta del Sol en la calle de Alcalá, sin titubear, sin detenerse, como sabiendo de antemano dónde debía dirigirse, Angelés entró resuelta-

«Paseo de coches del Retiro.»

Angelés quería morir: no cabía duda: iba á suicidarse. ¿Por qué?

—¡Ah! Se puede muy bien ser ligera, frívola, coqueta... Se puede un día y otro enseñar las pantorrillas impunemente al director de orquesta y á los abonados de las butacas, y el seno alto y bien conformado á los gomosos de los palcos, y esenchar, siempre riendo y siempre indiferente, las declaraciones de los aficionados á la *mujer del teatro*; pero llega un día, un cuarto de hora, en que la estatua se anima, en que el corazón de la artista palpita enamorado, enamorado de veras, y comienzan para ella las angustias, los sufrimientos, las penas y las alegrías, lo mismo que para las demás criaturas: y Angelés sufría en aquel instante todas las torturas del alma, todo ese infierno horrible del amor que se llama «los celos.»

¿Quién era el afortunado que había logrado tan señalada victoria?

El bajo de la Compañía.

¿Por qué? Angelés misma no hubiera podido contestar de un modo satisfactorio á esta pregunta.

¿Era guapo? ¿Era feo? Ni una cosa ni otra. Era un personaje perfectamente vulgar, en cuanto á su físico. Era joven, y no tenía mala voz. Esto era todo.

Pero ni la juventud ni la voz habían seducido á la muchacha.

¿Qué, entonces?

¡Vaya usted á averiguar los misterios del corazón de una actriz que ha visto á sus pies la flor y nata de los buenos mozos y de los magnates más encopetados de la corte, y que de pronto se vuelve loca por el bajo de su Compañía!

¿Qué importa la causa? Lo cierto es que ella le adora, y que ha sido feliz con su amor tres meses consecutivos.

¡Una felicidad que ha durado seis nóminas!

Por él, y sólo por él, ha dejado á dos enamorados que la asediaban con su cariño y con sus obsequios: á uno de ellos le recibía todos los días, y al otro tres veces por semana.

Pues bien: por amor al bajo se ha privado por completo de las visitas de aquellos caballeros.



BAILLE DE TRAJES

—Este año hay en los bailes de máscaras concursos de mantones de Manila, de sombreros, de vestidos, de bellezas, y, por fin, concursos de *discretas*... Esto es lo que no entiendo.
—Pues, hijo, eso me parece bastante claro; deben ser concursos de las que se rienden... á discreción.

mente en una de las primeras tiendas, cercanas al hotel Peninsular.

Aquella tienda era la de un armero. Escogió una revólver pequeño, una verdadera joya, una monaña, con la culata de nácar, con incrustaciones de oro, y el cañón de acero cincelado: hizo que lo cargaran con las seis cápsulas, y pagando sin regateos, guardó el arma en el bolsillo y salió á la calle.

Una vez en ella, detuvo un coche de punto, y abriendo febrilmente la portezuela, dijo al cochero estas palabras:

Y durante aquellos tres meses ha vivido exclusivamente de su sueldo—lo cual para ella no es vivir—y con una honradez y un cariño dignos de mejor causa, ha vendido sus preciosos encajes y ha depositado sus más valiosas alhajas en el Monte de Piedad.

¿Qué le importaba todo esto, si demostraba con ello su fidelidad y su desinteresado cariño al afortunado bajo?...

Pero ¡ay! que una noche, noche fatal! Angeles descubrió que aquel infame era el amante de otra mujer...

¿Y de quién, Dios mío, de quién?...

¿De la característica de la Compañía!

Una vieja, fea, seca, angulosa; una tabla llena de clavos, como la llamaba, moñándose, el segundo apunte. Aquello era horrible. ¡Desbandada por una grulla! Y no había que pensar en una reconciliación. El bajo había declarado que su única pasión era aquella mujer. Angeles renunció a luchar con aquel armazón de huesos, y loca y desesperada, se decidió a morir.

Y una vez tomada aquella resolución, se dirigió al Retiro, con el propósito de que la encontrarán con una bala en mitad del corazón, pálida y rígida detrás de un arbusto, y bastante hermosa todavía para que publicasen su retrato en la primera plana de algún periódico ilustrado.

Despidió al cochero, y se internó por uno de los intrincados bosquecillos del Parque de Madrid. La hora era muy á propósito. Nadie transitaba por allí; el ruido de las ramas agitadas por el viento era el único que turbaba aquella agreste soledad. Había algo de grandioso y de solemne en aquel silencio, por nada interrumpido. Un rayo de sol, filtrándose por entre el ramaje, fué á besar dulcemente la frente pálida de la presunta suicida. La inesperada caricia del astro rey la hizo estremecerse. Aquel tibio rayo de luz parecía un llamamiento á la vida. ¡La muerte le pareció mucho más negra! Es tan triste matarse en un día hermoso!

Angeles recordó que era muy joven, veintena años que era muy hermosa, se lo habían dicho tantas veces! y un estremecimiento extraño recorrió todo su ser.

La idea de la vida pareció como que invadía con extraña fuerza su cerebro y su corazón. Sin embargo, la pobrecita rechazó aquel dulce sueño, y tensó en su propósito de morir, sacó el revólver del bolsillo.

Estaba muy pálida. Tenía miedo. —¿Debe hacer mucho daño, pensó, la bala que entra candente, destrozando nuestra carne, mutilando nuestro cuerpo!

resultado correspondía á sus deseos.

Cerca de allí hay un árbol corpulento; Angeles apunta cuidadosamente al tronco, aprieta el gatillo, y dispara... á la detonación sigue un ¡ay! terrible, un grito espantoso.

Angeles ha herido, muerto tal vez, á algún paseante que estaba en las inmediaciones del árbol.

Precipitase hacia allí, y de pronto se detiene, llena de angustia mortal, horrorizada y temblando.

Ha visto en el suelo á un hombre, joven y elegantemente vestido, con los ojos cerrados, pálido el semblante y apoyada sobre el pecho una mano rígida y crispada.

No cabe duda: ha muerto á aquel infeliz.

—¡Socorro! ¡Socorro! grita con acento ahogado; y se precipita anhelante sobre el inanimado cuerpo del desventurado joven.

Y sollozando, asustada, en el colmo del terror, siente que las fuerzas le abandonan, que no puede resistir tan violenta emoción, que desfallece, que se muere, y cae desvanecida sobre el cuerpo, aún caliente, de su víctima.

Pero en medio de su desmayo cree notar que el corazón del difunto late con violencia; que dos brazos amorosos la estrechan dulcemente, y oye una voz cariñosa que murmura á su oído:

—Tranquilícese usted, joven. La bala ha roto una rama del árbol, pero no me ha tocado á mí... Y añadió, dándole un beso en el cuello; ¡pero bendigo el susto que he pasado, porque es usted muy bonita, mucho!

Y acabó la frase con otro beso.

Una hora más tarde, regresa del Retiro la gentil pareja, y podía vérselos juntitos, muy juntitos, cogidos del brazo y hablándose confidencialmente al oído, entre cariñosas sonrisas y miradas expresivas, que revelaban todo un poema de amor y voluptuosidad.

El revólver quedó perdido en el bosquecillo, sin que á ninguno de los dos se le ocurriese la idea de recogerlo.

¿Para qué?

Angeles se había olvidado por completo del revólver y del bajo de la compañía.

JACINTO BOLDÁN.



BAILE DE TRAJES

—¿El tocador de señoras?
—Servidor de usted.

El revólver estuvo á punto de caer de sus manos temblorosas; pero rebuzóse bruscamente y empujó el arma fatal con más energía y decisión.

Su amante la ha abandonado indignamente. Angeles no puede vivir. Morirá.

Una cosa la inquieta, sin embargo.

Es la primera vez que maneja un revólver, y no sabe cómo servirse del arma mortífera. Si no supiese disparar bien, y, en vez de matarse, quedase solamente herida! Es preciso hacer algún ensayo, alguna experiencia previa, para que el



—Lo único que siento es que se me va á aguar el vino.

CARTA Á LA ABUELITA

Abuela, ya lo he pensado, aquí ocurren cosas graves: hace tiempo, como sabes, que estoy muy enamorado; que, siguiendo tus consejos —y en esto me harás justicia— hago el amor á Patricia, siguiendo los usos viejos; yo no celebro su talle ni su cara sonrosada, ni la digo: ¡Resalada! cuando la encuentro en la calle. La miro, y salgo del paso, ó la pongo alguna tacha, y, es natural, la muchacha maldito si me hace caso. Coquetuela como todas, siempre á la moda se viste. Yo al verla me pongo triste. ¡Me cargan tanto las modas! Yo parezco un viejo chocho á su lado, y la maldita se ríe de mi levita ¡del año sesenta y ocho! Y el caso es que yo la quiero, mas mis instintos la espantan, y otros novios se adelantan, y yo de rabia me muero. Ya sabes que sé pegar por cualquier pretexto fútil, pero á palos, es inútil, no la puedo conquistar: y estoy harto de pelea y de andar siempre á cachetes, y ver que los mozalbetes me arrinconan en la aldea. La Patricia es una chieca muy guapota, muy hermosa, y que vale cualquier cosa. ¡Vaya si vale la chieca! Nadie lo podrá negar que, además de su palmito, tiene un buen capitalito en tierras de pan llevar. Oen mi capital exigno yo aspiro á su blanca mano, pero lo pretendo en vano siguiendo el sistema antiguo: Con que, abuela, resignárese, y á mal tiempo, buena cara: aquí el que no corre, pára. Es fuerza modernizarse. Yo con palabras eróicas, en vez de amor, la doy latas, y otras la dan serenatas y la regalan clavetes. Mas eso, yo te respondí que he de hacerlo desde hoy. ¿Serenata? ¿De la hoy? ¡Hay que rondarla! ¡La rondó! Bulla, y zambra, y alegría, meter en todo la baza,

y frecuentar más la plaza y menos la sacristía. Disponer el ceño duro, mucha sonrisa en el labio, y no echárselas de sabio ni vestir siempre de oscuro. No más arrastrar la capa como un vejete estantigua. ¿Que estoy chapado á la antigua? ¡Pues hoy me quito la chapal! Nada, que dejo el trisagio y frecuento la taberna, y me visto á la moderna, y hasta ejercito el sufragio. Tú quizá me reñirás, lo estoy viendo, si señora; pero si no avanzo ahora, me voy á quedar atrás. Supondrás, y con razón, lo que esto me mortifica; pero hay que hacer, por la chieca, de las tripas corazón. ¡Vaya lo antiguo al demonio, si me quiere la chiecueta! Recibe un abrazo, abuela, de tu amantísimo.—Antonio.

E. NAVAREO GONZALVO.

ACTUALIDADES



EL DUQUE DE ORLEANS

NUESTRA LENGUA EN BUENOS AIRES

Para muestra de la jerga que allí se habla, nos remite un amigo el siguiente suelto publicado en un periódico de la capital de la República; suelto que, aparte de sus propios méritos, tiene el de estar escrito por un madrileño, aclimatado ya en la tierra de las Pampas, hasta el punto que verá el curioso lector: «Si te perdís, chiflame.—Es el pardo Cándido Morales, mozo jaranero y farrista, jugador tonguista, jineteador de monas, muy guapo cuando son tres contra uno, gran gastador de zapatos en los perigundines, que son su pasión favorita. A la vista de tantas muchachas vestidas de tan vivos colores, ensancha su zafado espíritu, y cuando siente rascar las cuerdas de una guitarra pulsada por achatados dedos de negro chacotón, los pies se le bailan y sólo camina al sitio del batúque. Ayer andaba el mozo sólo como avestruz contra el cerco, cuando se encontró con un compadre que le dijo: —¿Ché, no venís? —¿Adónde? —Al perigundín del Chato. —¡Y cómo no, amigo! Y se fueron en amor y compañía muy echados para atrás, quebrándose el cigarrillo pegado al labio, de mucho pañuelo

punzó al cuello, haciendo botas remontadas, muy llenas de pespuntos y arabescos. En cuanto llegaron á la puerta de la casa donde se celebraba el batúque, se alegraron los ojos de Cándido.

—Ché, dijo á su compañero, está bueno el ganado rabón.

Y sus ojos no quitaban á una morocha quebrallona, muy empilchada, muy reluciente de dijes y sortijas.

Preguntó el pardito, indagó los dime y los andares de la niña, y no cabía en sí cuando averiguó que no tenía bacán.

A los candomberos acordos de un tango salió más que bailando, quebrándose y regalándola el oído con palabritas dulces que hicieron alborotar á la muchacha.

Al acabar la fiesta estaban como mieles, y la morocha se derretía de puro azucarada, creciendo el amor en su corazón como verdolaga en huerta.

El pardo Morales, como mozo avisado, más que á los dengues del amor, sus deseos se dirigían á los anillos y otras prendas que sus ojos habían pispado. Así es que preparó el terreno para dar el golpe sobre seguro sin que la rubia *coccase*.

Efectivamente, ayer desapareció el pardo llevándose como unos treinta pesos de la rubia, varios anillos y vestidos de seda, dejándola poco menos que desnuda, con un catre pelado únicamente.

La decepción ha sido grande para Magdalena, que jura no volver á tener más debilidades por parditos engañosos.

Con la noticia de la desaparición del pardo, acudieron á visitar á la damnificada varias amigas, toda gente del gremio, y darle el pésame, aconsejándole que diera parte á la policía, y ella decía lagrimeando:

—No, no quiero dar parte. Lo he de salir á buscar á ese bandido, y donde quiera que lo encuentre, lo he de arrancar los bigotes para que aprenda á tener vergüenza.

Y una gringa acriollada y cuchillera de las del corro terminó así el sainete:

—No es nada, ché, felicitáte de que no sca más grande al calote, y en cuanto á tu pior no es nada, que lo lamentás tanto, hacéle la cruz y...

Si te perdís, chiflame.»



AL PIE DE LA FUENTE... EIFFEL.

¿Qué me querrá preguntar? Dice que le aguarde; bueno. Le esperaré hasta llenar. Si tarda, se va á encontrar Con que ya lo tengo lleno.

A Constantino Gil.

Desde que sus redondillas
 leí, pocos días hace,
 estoy ardiendo en deseos,
 amigo, de contestarle;
 pero la musa rebelde
 se ha empeñado en no soplar-me,
 y para no escribir tantos
 rípios como consonantes,
 he de apelar al recurso
 de componer un romance.
 Si dijera que no ha sido
 para mi muy agradable
 leer sus galanterías,
 mentiría, y esto es grave.
 Al fin las hijas de Eva
 somos, como nuestra madre,
 blandas para la lisonja...
 y un dulce no amargá á nadie.
 Bien sé que á un hombre casado
 y, á más de casado, padre,
 y además de padre, *suegro*,
 como yo sé y usted sabe,
 ya no le sienta hablar mal
 del matrimonio y sus lances,
 ni andar echando piropos
 á cuantas van por la calle.
 Y usted ya no es ningún niño,
 justamente en este instante
 un amigo mío, dice
 que hace *algunas* navidades,
 que ha leído en prosa y verso
 cien producciones del vate
 á quien dará *Niña Pancha*
 dinero y gloria envidiables.
 Mas ya que tiene usted esposa
 tan buena y tan tolerante
 que le consienta tamaño
 abuso de libertades,
 no es justo que yo me enoje
 por lo que ella quizá aplaude;
 y según oí mil veces
 á personas muy veraces,
 ser más papista que el Papa
 es solemne disparate.
 Dice usted que cualquier día
 es regular que me case,
 confieso que también yo
 lo tengo por muy probable
 porque no quiero ser monja,
 ni pienso vestir imágenes.
 Y en cuanto encontre un moreno
 ó un rubio de buen talle
 que, dueño de mi albedrío
 sepa hacerse, no lo extraño,
 me voy á la Vicaría
 y sin *dar á nadie parte*,
 por la iglesia y lo civil
 ó como las leyes manden,
 doy un *sí* como una casa
 ante el cura y el alcalde,
 y deja de ser soltera
 su buena amiga

C. H.

LO QUE SUCEDE

Para tratar de cuestiones
 de interés y mucho peso
 convocaron á un congreso
 cierto día los ratones.
 La sesión iba á empezar,
 y un ratón dijo al congreso:
 —Yo voy á *echar* un discurso
 y en él voy á denunciar
 abusos y robos mil,
 faltas de orden y chanchullos
 y los frecuentes barullos
 de la raza *ratonil*.
 Al oír palabras tales
 se quedaron asustados
 senadores, diputados
 y los hombres principales.
 Ya empezaba la sesión,
 iban las horas pasando,

y la gente deseando
 que comenzara el ratón.
 Pero al ver que se acababa
 el congreso y no decía
 siquiera «esta boca es mía»,
 cuando antes tanto gritaba,
 al ir el acto á acabar
 dijo un ratoncillo inquieto:
 —¿Pero no habla ese sujeto
 que decía que iba á hablar?
 A lo que le contestó
 un ratón sesudo y listo:
 —Pero, hombre, ¿si usted no ha visto
 lo que acabo de ver yo!
 —¿El qué?—Pues que á ese camueso
 le oyó el que aquí nos convoca,
 y le ha tapado la boca
 con un pedazo de queso.

J. RODAO.

La enfermedad.

Don Mamerto Cantallana,
 liberal muy consecuente,
 el que estuvo de Intendente
 siete meses en la Habana;
 el que se marchó de allí
 renunciando la Intendencia,
 porque le cayó una herencia,
 lotería ó cosa así:
 aquel señor gordo, serio,
 algo bizco, diputado,
 que nunca se ha conjurado
 contra ningún ministerio;
 que luchó como un león
 en esta crisis pasada
 por la broma tan pesada
 de la reconciliación;
 el amigo cariñoso
 del disolvente Cristino,
 de Práxedes el ladino
 y Segismundo el hermoso,
 vino anoche de Sigüenza,
 donde una elección ganó,
 y anoche mismo le dió
 un ataque de *influenza*.

CONFIDENCIAS



—Pero, mujer, ¿por qué lo tomaste tan á pecho?
 —No; si fué el quien me tomó en brazos, y...

Matilde, niña mimada,
 hija de un rico banquero,
 que, á pesar de su dinero,
 la tiene mal educada;
 la niña que de hora en hora
 tiene caprichos extraños,
 y que á los dieciséis años
 coge rabietas y llora;
 la que finge enfermedad
 de nervios ó el corazón
 cuando encuentra oposición
 para hacer su voluntad;
 la que se vuelve un merengue
 cuando se encuentra adulada
 por todos, se halla atacada
 desde anoche por el *dengue*.

Aquel joven de Aranjuez
 alto, flaco, bonachón,
 que, por falta de ocasión,
 comía muy rara vez;
 el conocido escritor
 de dramas y de sainetes,
 y comedias y juguetes.
 El tan aplaudido autor
 de *Los memos*, una obrita
 que en *La Infantil* se estrenó,
 y á la que el público dió
 una extraordinaria grita;
 á causa del batacazo
 que mató su nombre y fama,
 tuvo que meterse en cama
 para curarse el *trancaso*.

Los que no tienen un real,
 ni en su vida lo han tenido,
 y estando enfermos, se han ido
 á curarse al hospital,
 donde se quedan en tanto
 que la enfermedad les dura,
 ó que respondos el cura
 les dice en el camposanto:
 los que una lucha incesaante
 por ver un duro mantienen,
 y no lo ven; lo que tienen
 es la *enfermedad reinante*.

FEDERICO JAQUES

PROPIO Y AJENO

Calinez lee *La Correspondencia*:
 «Ayer, por fin, repuesto de su dolencia,
 abandonó la cama el distinguido
 hombre público...»
 —¡Qué ingratitud! dice Calinez con
 acento compasivo. Y... ¿qué va á hacer
 ahora esa pobre cama abandonada?

Calinez deja *La Correspondencia* y sale
 á la calle.
 Al pasar por delante de un estableci-
 miento, lee este letrero, puesto en el cris-
 tal de un escaparate:
 «Traspassado por defunción de su
 dueño.»

—¡Aún no se han perdido todos los
 buenos sentimientos! exclama Gedeón
 con tono solemne. Ha muerto el dueño,
 y el pobre establecimiento está *traspas-
 sado*. ¡Que aprendan los hombres!

La señora de Villemor, por Luis Le-
 tang, versión castellana de C. F., *El
 galán de la Gobernadora*, por Andrés
 Theuriot, traducida por José de Siles, y
Decapitada, por F. de Boisgobey, versión
 castellana de Olegario Silpembak, son
 las tres últimas obras que ha publicado
La España Editorial.

Se venden al precio de tres pesetas

cada una, y no vacilamos en recomen-
 darlas á nuestros lectores, en la seguri-
 dad de que ha de proporcionarles agra-
 dabilísimos ratos la lectura de aquellas
 amenas y entretenidas obras.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES
 Número corriente, 15 céntos. Atrasado, 25.
 Madrid y provincias: Un año, 9 ptas.
 Seis meses, 5.
 Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas.
 Se publica los sábados. Pago adelantado.
 Se suscribe en la Administración y principales
 librerías.



ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor**.

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exijase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: **Montera, 25.**—Oficinas: **Palma alta, 8, Madrid.**

À LOS FUMADORES

Fumad siempre vuestros cigarrillos con

PAPEL ROTHSCHILD

Pedido en todas partes.

Al por menor: **Hortaleza, 1.**

Depósito central: **Carmen, 35.**

C. REBULLADA



DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LEJÍA FENIX

PARA EL LAVADO Y FREGADO

Medalla de plata en la Exposición de Barcelona de 1888.

Unico premio concedido hasta el día á las lejías.

Pedido en todas partes.

Treinta y cinco céntimos paquete de medio kilo.

Sucursal: Plaza de San Nicolás, 6, 1.

MUEBLES

TAPICERIA

BIESCO

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid en todas partes esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

Sobrinos de Guinea

CARRETAS

27 y 29.

CONFITERIA Y REPOSTERIA

TELEFONO

142.

SURTIDOS DE VARIOS FIAMBRES DESDE 1,50 PESETAS

Emparedados de jamón á 2 pesetas docena.

Doctor MORALES

Carretas, 39.

Pastillas y píldoras azoadas.

Toses, catarros, asma.

Píldoras Lourdes.

Purgantes, depurativas.

Tónico-genitales.

Debilidad, impotencia.

Café nervino medicinal.

Jaquecas, epilepsias, etc.

Principales boticas y droguerías.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS EN CAUCHUC

Primera casa en España.

Numeradores, perforadores, prensas para taladrar cupones, imprentillas á mano, tenazas y plomos de precintar, tintas, etc.

41, Carretas, 41.

PINILLOS

Camas inglesas. Colchones de muelles y de lana.

Primera casa en España.

Precios sin competencia.—Clases sin rival.

ALCALÁ, 17

(Junto á Foros.)

Para anuncios en esta plana: Agencia de publicidad, **51, Montera, 51.**